

CAPITULO XIII.

De la prisión de Narvaez, y de lo que despues de ella se ordenó.

114. Si en las cosas grandes intentarlas solamente merece alabanza, en las empresas difíciles suele ser fortuna la resolución gallarda. Luego avisó con un criado suyo que llamaban el Galleguillo á Cortés el contador Andrés de Duero, y con el aviso determinó dar el asalto á la media noche: comenzaron á disponer sus tropas, pusieronse unos sacos de algodón que se llaman ichcahuipiles, así para resistir el agua, como para conocerse por lo blanco en la oscuridad de la noche: dió orden al atambor Canillas que no tocase hasta que se lo mandasen; y caminando con sosiego los corredores encontraron con Gonzalo Carrasco y Hurtado: prendieron á Carrasco y Hurtado se escapó: era compadre de Cortés, y le dijo: ¿cómo caísteis? decidme, ¿cómo está el ejército de Narvaez? Mirad que no os ha de valer el ser compadre, porque os he de guindar si no me lo decís como amigo. Res-

pondióle á voces porque Hurtado lo oyese: señor Cortés no vais al Real porque es mucha la fuerza de Narvaez; mirad que os lo ruego, porque si no, habeis de morir: y no lo dijo á sordos, porque los soldados entre dos picas lo guindaron, y si Rodrigo Rangel no les echara el caballo, espirara; pero estuvo mas de cinco dias sin poder tragar bocado. Hurtado llegó al real de Narvaez dando voces al arma, que viene Cortés; y algunos, que se lo tuvieron mas á miedo que á verdad, lo hicieron callar y lo recogieron.

115. Apresuróse Cortés, y llegando á una cruz que él habia mandado poner, todos la adoraron, y al descubrir la casa donde estaba Narvaez, malo, (dijo Cortés), que la lumbre nos alumbra: no dejaron de sentirlos, y mandan tocar al arma; y aunque se apoderaron luego de la artillería, dispararon algunos tiros, quemaron á dos soldados de Cortés, el alférez salió defendiendo su bandera, que unos dicen era Diego de Rojas, y otros Fuentes, fué cayendo por las escaleras y diciendo ¡válgame Nuestra Señoral y Cortés le respondió: ella te valga; y estorbó el que no le acabasen de matar: á un negro que sacó una hacha encendida, se la apagaron, apagándole la luz con una lanzada. Sandoval en el aposento de Narvaez, le requirió muchas veces: peleaba desde adentro, y como las lanzas de Cortés eran de 38 palmos, alcanzaban á herir: Martin López pegó fuego por de fuera, y diéronle

á Narvaez en un ojo, y cayendo en el suelo, cerró con él Pedro Sanchez Farfan y Sandoval, y arrastrándole por las gradas le prendieron. Cortés en este ínterin acudia con ligereza á todas partes, ya haciendo rodar la artillería, ya animando á sus soldados. Luego que fué preso Narvaez cantaron la victoria diciendo: muerto es Narvaez: victoria: viva el rey y viva Cortés. Salvatierra fingió dolor de estómago, en que dió á entender que siendo tan hablador, era solamente bachiller de estómago: prendiéndolo Juan Velazquez y á Diego Velazquez: todos estaban temerosos, y juzgando que era numeroso el ejército de Cortés, unos se hicieron sordos y otros dormidos; y aunque querian acudir, les tenian cogidas las puertas de los tres alojamientos, y no era fácil escapar de las lanzas. Llegó Cortés donde tenian á Narvaez y díjole Narvaez: señor Fernando Cortés, tened en mucho la ventura de haber preso á mi persona; y respondió Cortés: lo ménos que yo he hecho en esta tierra es eso: mandó que le pusiesen grillos, y dobladas guardas, y que luego le curasen, y á los otros dos, Salvatierra y Velazquez, á buen recado. Fueron los muertos de parte de Cortés, cuatro; y de Narvaez once, y muchos los heridos de una y otra parte.

116. Luego que cesó la resistencia, mandóse pregonar por capitán general y justicia mayor, y que acudiesen todos á jurarle por tal, pena de la

vida: acudieron todos á él, y entregándole las armas, sentado en una silla, le juraron: solos trescientos soldados se habian hecho fuertes en un aposento, á quienes Carrasco aconsejaba que saliesen, porque los soldados de Cortés andaban divertidos en el despojo; pero no se atrevieron, y aguardaban el dia. Ordenó á Diego de Ordaz y á Cristóbal de Olid que en dos caballos de los de Narvaez fuesen á llamar á doce corredores que habian ido por gentiles al rio, entre los cuales estaba Andrés de Due-ro y Augustin Bernardes, que al punto vinieron, aunque llegaron ya de dia, cuando los atambores y pífanos le cantaban victoria diciendo: Viva, viva la gala de los romanos: á los que estaban encerrados requirieron por tres veces, y viendo que no salian, les dispararon dos tiros que mataron á dos, y con eso se dieron; pero viendo que tan pocos soldados se hallaban victoriosos de tantos, estaban los de Narvaez corridos, y decian lamentándose, ¡que cuatro soldados sin armas, con sus albardillas (que así llaman los huipiles de algodón) nos hayan sujetado!

117. Estando en esta celebracion llegó Barrientos con dos mil indios de Chinantla con sus lanzas, con flautas y caracoles; y como iban en hileras, parecia un ejército, de que se alegró Cortés, porque conocieran cómo le obedecian: hízoles agasajo y los mandó hospedar: el cacique, aunque estaba herido porque aquella noche de temor se fué á dor-

mir al aposento de Narvaez donde tocó de la refriega, fué con flores y guirnaldas á dar el parabien á Cortés, y mandóle que pintado el suceso de la victoria como solian, lo despachase al emperador Motecuhzuma; y aunque el cacique le ofreció su casa, eligió el hospedarse en casa de una india principal, que la primera vez de las doce que les dieron, le habia cabido en parte y se habia bautizado, llamada doña Catalina, donde luego le pusieron su recámara.

118. Preso Narvaez y Salvatierra, los remitió á Villa Rica para que allí estuvieran con guardas: despachó al puerto á Francisco de Lugo con otros soldados á llamar á los maestros y pilotos, y mandó que les quitaran velas, agujas y timones, y envió por Sancho de Baraona, á quien tenia preso Narvaez en los navíos: todos vinieron en su presencia, rendidos: nombróles por almirante á Pedro Caballero, y dióles orden que si algunos navíos llegasen, porque tuvo noticia de dos que se aprestaban, que luego les embargase las velas, agujas y timones: ordenó dos compañías, una para Juan Velazquez de Leon, con dos navíos, que fuese á Pánuco á descubrir la costa; á Diego de Ordaz con otros dos navíos, para Guazacoalco, de á 120 cada compañía: los cien de los de Narvaez y veinte de los suyos: mandó aprestar un buen navío que fuese á Jamaica á traer caballos, puercos, cabras y gallinas para poblar la tierra: para esto fué nece-

sario dar libertad á los capitanes presos, y volver las armas á los soldados. Mucho sintieron los soldados de Cortés el que se les mandara volver las armas que se habia apropiado cada cual, porque se hallaban acomodados de caballos ensillados y armas suficientes; y aunque se ejecutó, no dejaron de quedar mejorados.

119. Trató con sagacidad Cortés de acariciar á los capitanes forasteros y partir con ellos de algunas piecillas de oro y otras ropas que le ofrecian, y murmuráronle los suyos, á que les satisfizo con palabras discretas. Los de la Villa Rica demandaron la parte que les habia cabido en la reparticion que en México se habia hecho, y nombró dos de los mas principales vecinos que fuesen á Tlaxcala con poder de todos, donde lo tenia reservado. En esta altura se veía Cortés alegre, cuando le llegó la nueva triste de cómo quedaba Alvarado cercado, y que los mexicanos habian quemado los bergantines que dejó en México, y cómo habian muerto á Orteguilla, el paje del emperador Motecuhzuma, y que les habian puesto fuego á las casas, á que todos tuvieron pesar y causa para que no se hiciesen las jornadas á Pánuco y Goazacoalco y aprestarse con toda priesa para el socorro.

CAPITULO XIV.

De la alteracion de México contra Alvarado, el socorro de Cortés y las batallas que tuvieron.

120. Para celebrar la fiesta á Huitzilopochtli, que hacian por fines de Abril, en que salian al baile los mas ricos y principales, pidieron licencia á Pedro de Alvarado que estaba en lugar de Cortés, y le dió con condicion de que saliesen sin armas. No faltó quien de ellos y de los papas avisase en secreto que estaba concertado en acabando la fiesta dar sobre los españoles y tlaxcaltecas que habian quedado y sacrificarlos, y que las armas estaban en el mismo templo para el intento guardadas; y pudiendo considerar que con otros medios se pudo frustrar la mala intencion de los mexicanos, pues pudieron salir de México libres y acomodados, pues pudieron salir muy ricos y despues darles el castigo, determinaron ir al patio donde bailaban, cercaron las puertas, y estando bailando descuidados porque juzgaron que iban á divertir y no hacer mal, empiezan á dar sobre los que ve-

nian y sobre los que danzaban con tanta furia, que á poco tiempo corrian arroyos de sangre. Llevaban joyas y cadenas de oro, copiles de oro adornados y de piedras preciosas; y así, muchos dicen que por codicia de oro se hizo tan repentina matanza. Acudió la demás gente al fracaso, y los españoles se retiraron á toda priesa: de aquí tuvo origen la discordia.

121. Las causas por qué se alteraron fueron muchas, por lo que escribió Narvaez, porque siendo la fiesta en que bailaban los reyes, quisieron que soltasen á su señor y no lo consintió Alvarado; por ocupar el oro y plumería que los castellanos tenian, que importaba mas de setecientos mil pesos, y porque veían allí á los tlaxcaltecas, sus enemigos; y lo principal, porque el demonio les instaba viendo destruidos sus ídolos y que la religion cristiana se introducía.

122. Caminaba Cortés á la ligera, habiendo despachado á Juan Márquez y á Alonso de Ojeda á Tlaxcala que trujesen bastimentos y tomasen razon de lo que en México pasaba. Salió el cacique de Zempoala una legua á dejar á Cortés y los demás con bastimentos. En el Pinal encontró con Ojeda que llevaba de Tlaxcala mil y doscientos hombres cargados de agua, pan y gallinas: ordenóle pasase adelante á socorrer á los que venian á pié que en Tlaxcala aguardaba. Fué por todo el camino dando refresco, que fué necesario. Llegó Cor-

tés á Tlaxcala á 17 de Junio, donde fué bien recibido: hizo muestra de su gente, y halló mil y trescientos hombres y cien caballos: ofrecieronle ayuda y sacó dos mil indios guerreros sin los que cargaban el fardaje. Llegó á Tezcuco y lo halló sin gente, que los mas estaban en México: la poca que habia lo recibió de mala gana. Llegaron en una canoa Pedro Hernandez y Santa Clara, y dieron razon de las contiúas baterías y cómo les habia faltado el agua, y cavando hallaron agua dulce; y del milagro de Nuestra Señora, que queriendo quitarla del altar, á los indios se les pegaban las manos, y que ni con maromas habian podido moverla, y cómo el emperador Motecuhzuma los aplacaba, y al punto partió para México y fué á dormir víspera de San Juan á Tepeaquilla, que hoy es Guadalupe.

123. Dia de San Juan entró Cortés en México, y al pasar una puente, el caballo de Solis metió las piernas por las vigas y se le hizo pedazos: buscando Ojeda indios que le llevasen las cargas, hallaron uno ahorcado de una viga, y mucho pan y gallinas sin persona que las guardase; y aunque lo tuvieron por agüero, Cortés dijo, que riñas por San Juan, paces para todo el año: vido que no parecia gente por las calles (que así lo habian trazado los mexicanos que entrasen los españoles dentro de la ciudad, porque no se valiesen de otros, y dentro matarlos á todos): vido puentes quitadas, y todo

le pareció muy mal: llegó, y halló cerrada la puerta; tocó, y abriósela Alvarado, que luego le entregó las llaves, á quien Cortés con desabridas razones le calumnió ser la causa de haber quebrantado la paz con la repentina guerra, pues en caso que la dieran pudiera defenderse; y que pudo haber permitido saliese el emperador á sus fiestas como otras veces, aunque Alvarado se disculpó con algunas razones de poco fundamento.

124. Subió enojado, y no quiso visitar al emperador; y aunque fueron los capitanes á rogarle que fuese, indignado prorumpió en oprobios, y despues le pesó de no haberle visitado cuando padeió tantos trabajos. Castigó Dios con ellos la altivez que tuvo, fiado en que tenia armas y soldados, que no hay que fiar en prosperidades mundanas: envióle á decir que diese órden que hubiese mercado para comprar lo necesario, porque con las guerras habia faltado. Supo el emperador Motecuhzuma lo que Cortés habia dicho contra él y recibió pesar: respondió que él estaba preso y los principales, que enviase uno de ellos á negociarlo. Envió al rey de Iztapalapa Cuitlahuatzin, que luego le eligieron por su caudillo, y sucedió en el imperio y murió de viruelas.

125. Declaróse la guerra, porque enviando á Antonio del Rio á Zempoala á que viniese la demás gente, pasando por la plaza de Tlatilulco fué tanta la gente que le salió, que lo hicieron volver.

A toda priesa envió cinco de á caballo á ver lo que pasaba, y hallaron las puentes quitadas y rumor de gente: salieron Diego de Ordaz y Ojeda con 200 hombres á buscar de comer y á ver lo que pasaba; y carga tanta gente de guerra, que fué necesario saliesen otros doscientos. Acometian con tanta furia, que se metian por las espadas: murieron muchos mexicanos y salieron heridos algunos castellanos. El dia siguiente de las azoteas tiraban piedras, y sabiendo que de noche querian acometer, se pusieron guardas: tercera vez volvieron con ímpetu; y viendo que era su destruccion la batería de las azoteas, con cuatro ingenios á manera de torres, con tablas gruesas fabricados, entró por la calle de Tacuda haciendo carnicería, y llegaron hasta Tacuba, donde pudieron hacerse fuertes y salvar la riqueza: volvieron á su alojamiento y con gran trabajo volviéron, porque no podian aprovechar los caballos, y á pedradas hicieron pedazos los ingenios: cogieron á un castellano, que luego lo sacrificaron vivo, y dos piezas, que echaron en la acequia: cuarta vez estaban en lo alto del templo muchos principalés y en el patio muchos guerreros que les hacian gran daño dentro de su alojamiento, que eran tantas las saetas y palos que tiraban, que hubo dia que quemaron cuarenta carretadas: envió Cortés á Escobar con cien hombres y le resistieron con tizones y tanta piedra, que no pudo subir cuatro gradas. Súpolo Cortés, y con

una rodela atada al brazo, porque estaba herido en una mano, subió el primero; y siguiéndole los demás, dió con trescientos, que de ellos no quedaron seis vivos: unos que mataba y otros que despeñaba. Aquí se abrazaron con él dos para despeñarlo, y con la fuerza que tenia los despeñó y ellos; y lo mismo sucediera con Ojeda si no le socorriera Lucas Quiñones.

126. El siguiente dia, con la muerte de tantos principales (que los tlaxcaltecas comieron y se dieron una panzada de carne humana), embravecidos juntaron de la comarca cantidad de soldados guerreros y dieron sobre el alojamiento de los españoles. El patio del templo, con ser grande, estaba lleno de indios; pero por estar enlosado no podian los caballos hacer daño: la artillería hacia grande estrago, y á la mayor necesidad una pieza grande que el artillero habia cargado hasta la boca, sin darle fuego, se disparó con grande estruendo y estrago que los hizo retirar. Pegaron fuego al alojamiento, y derribando un paderon se apagó y fortificaron de artillería el portillo. Cortés peleaba en la calzada de Iztapalapa: supo que á Diego de Ordaz lo iban retirando por la calle de Tacuba; acudió, con la rienda atada al brazo por la herida de la mano, alanceó á muchos y los hizo huir á todos; volvió donde habia dejado setenta de á caballo y doscientos infantes; y viendo que los llevaban de vencida, dió con voz firme un Santiago, que anima-

dos los suyos hicieron huir á los indios. Fué á ver lo que pasaba en otra parte: halló que los indios se llevaban á su amigo Andrés de Duero y á su caballo, y ganó el caballo, y con el socorro empezó Duero con la daga á desbarrigar indios, y Cortés alanceando lo escapó, y retirados cesó la guerra de todo el día.

127. Otro día, porque de una torre de casa del emperador Motecuhzuma les hacían gran daño, fué con doscientos soldados, y con arrojar de la torre maderos, que se llevarían diez hombres, todos caían de punta sin hacer daño. Ganó la torre; mató á los que la defendían; entró por la ciudad; quemó más de mil casas; ganó siete puentes; mató indios sin número; llegó uno de á caballo diciendo que los señores mexicanos pedían paces: dejó en guarda de las puentes á Pedro de Alvarado y Sandoval; fué á los mexicanos y saludólos alegre, pensando que se acabase la guerra y se hiciese la paz. Dijeronle los indios, que por qué no se iba teniendo navíos; y platicando en esto, llega aviso que eran perdidos. Fué á socorrerlos: halló muerto á Soria y heridos cinco caballos; peleó con valor; restauró las puentes para que pudiesen pasar; cobró los caballos, y con sola su persona la vida de muchos. En todas estas batallas infundió Dios en este capitán el valor y fortaleza de un Samson; y, según decían los indios, hubieran acabado con los españoles si no fuera por un soldado en un caballo blanco que los detenía y

destruía, sin poderle hacer daño á él ni á su caballo, que con boca y manos los mataba, que es de creer sería el apóstol Santiago, á quien invocan los españoles y en sus batallas hallan favorable. También le ayudaba una señora en el aire que con tierra los cegaba, que era la Madre de Dios, y débese creer de su piedad. Esto mismo sucedió en Chile, donde la Virgen, á puños de tierra vencía á los araucanos. En Cuzco, que pegando fuego al templo de paja, donde estaban doscientos castellanos, se apareció visible la Virgen Santísima á quien llamaban, y pasando de una parte á otra apagaba con su sacrosanta boca las llamas, y arrojaba peñas de nieve con que apagaba el incendio, y granizo con piedras con que volvieron ciegos y se retiraron confusos, sin que se quemase una paja ni pereciese ningún soldado, y donde muchas veces los favoreció Santiago: protección del cielo para que nuestros españoles ganasen el imperio.